

CEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta; Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 6

AÑO XII

MADRID, DOMINGO 22 DE JULIO DE 1906

NUM. 556



LA GALLINA CLUECA
EN FUNCIONES PROPIAS DE SU MINISTERIO



ANUNCIOS INCOBRABLES



LA MEJOR TINTURA POSITIVA

ES

LA FLOR DEL LATIFUNDIO

USANDO ESTA PRIVILEGIADA AGUA, QUE NO ES PANTANOSA COMO LA DE GASSET, NUNCA TENDRÉIS CANAS, MAS QUE LAS QUE BUENAMENTE QUERAIS ECHAR AL AIRE. NI SERÉIS CALVOS COMO DATO

El cabello abundante y hermoso es el mejor atractivo del demócrata, á quien se lo tomaron muchas veces.

La flor del latifundio
La flor del latifundio

es la mejor de todas las tinturas democráticas; no padece el cutis ni ensucia la ropa, aunque sea de Weyler.

no contiene nitrato reaccionario, y con su uso, el cabello se conserva siempre fino, brillante, sin perder el color político.

se usa sin preparación alguna para Direcciones generales y Subsecretarías; ni siquiera hace falta una aplicación previa. Basta con la toma de posesión. cura la caspa moretista, evita la caída de algunos gobernadores y suaviza y perfuma la existencia de los amigos de Canalejas.

es tónica, vigoriza la raíz de muchas credenciales y evita las enfermedades de largas cesantías. Por eso también se usa para la política de ideas conserva el color primitivo liberal, ya sea de la clase que sea y dá muy buenos resultados en los sacerdotes, tú me bendices, etc.

deja el cabello de los canalejistas tan hermoso, que es imposible confundirlo con el de los moretistas.

es tan fácil y cómoda, que uno solo no basta, hay que colocarlos á todos.

evita las PLANCHAS de la disolución de Cortes y excita los nervios de los amigos de D. Segis.

deben usarla todas las personas que aspiren á un empleo y quieran tener la cabeza sana y libre de preocupaciones.

es la única tintura que ni huele, ni sabe á nada, y no despidе mal olor como el AGUA POSIBILISTA.

Las personas de temperamento tranquilo deben usar previamente de este agua, que, por fin, ha sido declarada de utilidad pública sólo con haber aguardado la ocasión, que ahora la han pintado lópezdominguistas. Hágase para su uso lo que dice un número del *Heraldo*, que acompaña cada botella.—De venta en Madrid: En casa de su inventor y en la Presidencia del Congreso. Al por mayor: En varias Direcciones generales.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA GENERAL ATLÁNTICA DE MADRID

Vapores que prestarán servicio y chuparán de la nómina en el presente mes de Julio de 1906, salvo las contingencias de una crisis.

Líneas paternas.

Los magníficos vapores

EUGENIO MONTERO VILLEGAS
y **JUAN NAVARRO REVERTER**
con cargamento para las DIRECCIONES DE AGRICULTURA y PENALES, respectivamente.

Línea de San Sebastián.

El viejo vapor, construído en los astneros de Astorga,

PIO GULLÓN

En San Sebastián permanecerá todo el tiempo que sea necesario, hasta que le manden hacerse á la mar ú otra cosa.

Línea de Canarias.

Salidas frecuentes y muy chistosas del vapor

ALVARADO

recientemente botado al agua. Es posible que lo boten de nuevo. Entró remolcado por el LÓPEZ DOMÍNGUEZ en Marina.

Línea de Barcelona.

Salió con destino (y un buen destino) á ese puerto el vapor

MANZANO

en substitución del COBLÁN, que sufrió importantes averías en la obra muerta, antes de nacer.

CARTAS DE QEDÉÓN



EN POS DE UN PAR DE IDEALES

Burgos, 19 Julio.

Querido Calínez: No quiero ocultarte más tiempo el motivo ó los motivos de mi precipitada salida de Madrid para el Norte de España, so pretexto del obligado veraneo.

No, amigo mío; este año imitando al general López Domínguez, si bien éste ha cambiado pronto de opinión, habíame propuesto yo veranear en Madrid resistiendo todos los grados con que nos quisiera obsequiar el termómetro, que nunca serían tantos como los que concedió Luque á una piña de amigos. ¡Fíate de los que antes de ser ministros de la Guerra escriben y moralizan en los papeles públicos!

Pero lentamente se fueron cuajando en mi espíritu dos ideales. Todos los que estudian nuestra actual situación, dicen que los españoles padecemos el mal gravísimo de carecer de ideales.

Pues bien, Calínez, yo tengo dos á tu disposición y á la disposición del resto de nuestros conciudadanos.

¿Cómo los tengo? ¿Por qué los tengo? No sabría decírtelo. Con los ideales sucede lo mismo que con los granos que salen en la nariz. Aparecen en ella cierta mañana sin que pueda decir uno cuál es la causa de su erupción. Nada ha sentido, no le duele ningún miembro, come bien, el pulso es normal, duerme á pierna suelta y, sin embargo, allí están los granos.

Algunos, es verdad, los tienen desde que han visto las acuarelas de Maura; pero otros, sin ese goce artístico, los padecen del mismo modo.

Jackson Capuz los ostenta porque escribe, pero hay quien no escribe y luce por narices berenjenas.

Nada, amigo mío; que los ideales y los granos salen porque les da la gana, y cuando cualquier mortal se llena de ellos, lo más seguro es que apele á los preparados farmacéuticos.

Ya me parece que ha llegado el momento de decirte cuál es mi primer ideal y cuál es mi segundo ideal.

El primero consiste en buscar novia para unirme con ella en perdurable lazo; el segundo, en buscar un jefe único y definitivo á los liberales.

Hablemos del ideal primero.

¡Todas se casan!, según declara profusamente el

acreditado D. Felipe, y algunas con tres ó cuatro maridos, añade la caritativa marquesa del Motín.

Pues si se casan todas ¿por qué, Calínez, no hemos de casarnos también todos, aunque sea con tres ó cuatro mujeres como se acostumbra en el barrio de Pozas, al decir de nuestro buen amigo D. Gustavo Morales?

Sí, querido Calínez; tu trato me es muy agradable, tu conversación me deleita en extremo, conceptúo un regalo de los dioses nuestra plácida y estrecha amistad, pero á mí me falta algo. Tú no me bastas para todo.

Comprendo que si nos dejáramos ambos melena y escribiésemos versos ó prosas glaucas, y estrenáramos el eximio gabinete que ha mandado construir en el Ateneo la eximia Sra. Pardo Bazán, tendríamos suficiente atractivo el uno para el otro y no echaríamos de menos nada mientras durase firme y movida nuestra amistad.

Pero ¡ay! Calínez, tú y yo llegamos demasiado pronto al mundo para gastar melenas y cosas glaucas y somos incapaces de usar nuestro monóculo para la contemplación de otros espectáculos pasionales que los vulgares y ordinarios.

Por todo lo cual he decidido casarme apenas encuentre novia.

Lo mismo me da que sea española que inglesa ó alemana; igual que sea morena que rubia, pues ya todas las morenas son rubias en cuanto se ponen á ello; no he de incomodarme si es alta, ni he de afligirme si baja. De carnes no la quiero ni tan gorda que se arme la gorda, ni tan flaca que desarme como un quite. La busco instruída, pero no sabia, porque temo verme desdeñado por ignorante como el Sumo Pontífice por doña Carmen de Burgos Seguí. En cuanto á dote la prefiero bien dotada; pero sin esperanzas en caudales de madrinas, que luego van á parar á otras Compañías.

En fin, amigo mío, busco una mujer tan vulgar como López Domínguez en hombre, y que no haya estado nunca en Crimea, para que no nos pasemos la vida enseñándonos medallas y tomando á Sebastopol. Pensarás tú que siendo asaz modestos mis deseos, he de dar pronto con la media naranja que codicio; te equivocas, Calínez.

Ochenta y dos años, tres meses y quince días lleva D. Buenaventura Abarzuza en la persecución de ese mirlo blanco—setenta y uno ayudado por su entrañable amigo Kasabal—y todavía sigue célibe y comiendo en casa ajena.

No es tan fácil como parece dar en estos tiempos con una mujer vulgar. Hombres vulgares sí los hay á montones, lo mismo pintando acuarelas en Palma que presidiendo Consejos de ministros en Madrid, ya actuando en Gobernación, ya entregados á la soledad de sus taquígrafos en la calle de Doña Blanca de Navarra; pero mujeres vulgares hay muy pocas y casi todas ellas desdeñan el matrimonio y se dedican á escribir para el público.

¡Ah, si D. Martín Rosales fuese hembra! ¡Ya estábamos los dos colocados!

Sólo podría detenerme el temor de que nuestro presupuesto doméstico y hasta su último real se fuese en bandolina; pero así resultaría nuestra unión más sólida, más planchada, más reluciente. En mi próxima carta continuaré hablándote de este primer ideal; ahora quiero esbozarte el ideal número dos.

Los liberales necesitan un jefe único é indiscutible. No un jefe movedizo y transitorio como los que tienen ahora, que sólo mandan en sus correligionarios mientras disfrutan del Poder. No jefes de quita y pon ó de entra y sal como los picadores, sino un Maura fijo, inmutable, y que además no pinte. Montero Ríos ha dado ya de sí cuanto puede dar, cánones y yernos. Todo lo demás lo cedió en París á los yanquis y está muy provecto y muy provisto para cambiar de costumbres y de catarros.

Aunque se aplique para ayuda de las digestiones el bisoné de Vincenti en la boca del estómago, la patria y su partido no pueden esperar ya de él más que flatos y escupideras.

No, no es ese el fondista, el jefe indiscutible y único que necesitan los demócratas. Más valdría, ¡oh, manes de Taboada!, poner en la jefatura un rueda de cocina

Moret ha fracasado ruidosamente. La bomba que se le llevó el decreto de disolución, le produjo también graves heridas en la garganta que es donde don Segis tiene el cerebro.

Para los verdaderos liberales, será siempre el hombre de la ley de Jurisdicciones; para los palatinos, será eternamente el Morral de la bomba.

Ha dado, en fin, una caída de latiguillo, que le inhabilita para ejercer la codiciada jefatura.

De Canalejas no hablemos. Ese misterioso hombre público está siempre tirándolo todo por la ventana. Pudo haber sido un tribuno, un regenerador, alguien, y es un par de cejas espesísimas sin nada en medio.

Olvidémonos, pues, de él, y allá se las haya ese latifundio piloso con su monomanía suicida.

Romanones, ¡ah, Romanones! ¿Pero quién es Romanones fuera de Guadalajara y de Requejo? No se puede hablar en serio de Romanones para tan alta investidura. ¡Ajo! ¿y Vega de Armijo? ¡ajo! ¿Es que se ha muerto ya el marqués? ¿Qué se ha de haber muerto, mientras viva D. Martín Rosales?

Pero lo mismo da que permanezca en este mundo ó que se vaya al otro. El ilustre prócer no ha servido nunca más que para soltar ajos y colocar higos a alcance de sus cordobeses predilectos.

Ya ves, por lo tanto, Calínez, que entre los primates del partido liberal no está su futuro é indiscutible jefe. Por eso he salido yo á provincias á buscar novia para mí y eso otro para los Merinos, Requejos y Gayarres de la gran agrupación momio-democrática.

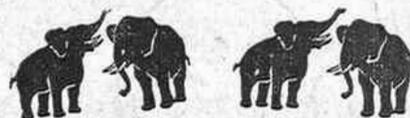
Por la fuerza de la costumbre me he detenido en Burgos, pues yo no puedo pasar adelante sin un previo y cariñoso saludo al Papamoscas y al conde de Liniers, maestranes ambos y superhombres *de este hermoso país de los blandos y esponjosos quesos.

Hasta la fecha no he encontrado novia ni jere; pero estoy seguro de alcanzar la realización de ambos ideales antes de que Maura recoja, en otoño, los pinceles y las guardias civiles que le sirven para figurar

dignamente como acuarelista entre las plagas del campo.

Y no va más por hoy. Siéntate á la sombra de Aguilera, sin pedirle credenciales que no te dará, y espera sentado mi próxima carta. Saludos, como dice inspiradamente Díaz de Mendoza.

GEDEÓN



Cancionero gedeónico

¡Oh, qué dicha...! A lo que veo, nuestros ministros amados van á gozar los soñados placeres del veraneo...

Y aunque digan que trabajan, por despistar á la gente, en ese «dolce far niente» ¡cuán pocos les aventajan!

Ya don Pío, el noble anciano, consiguió su pasaporte, y á trabajar se fué al Norte donde pasará el verano.

Ya sintiéndose cigarra, que es mejor que ser hormiga, López gusta la fatiga de la perla donostiara.

Ya, en fin, activos, austeros, diciendo que se desojan, en varios puntos se alojan los señores consejeros...

Porque la torpe malicia de su labor se convenza, vivir un rato en Sigüenza quiere el de Gracia y Justicia.

Su campaña esplendorosa preparando á lo discreto, Manolín García y Prieto se las guilla á Panticosa.

Tras las paellas triunfales, Jimeno marcha á Valencia... ¡Ya tiene una presidencia...! (la de los Juegos florales).

Y Alvarado, hombre que brilla como marino ejemplar, se larga á un puerto de mar como es justo: á Cercedilla.

Todos dicen que trabajan por despistar á la gente; pero en su «dolce far niente» ¡cuán pocos les aventajan!

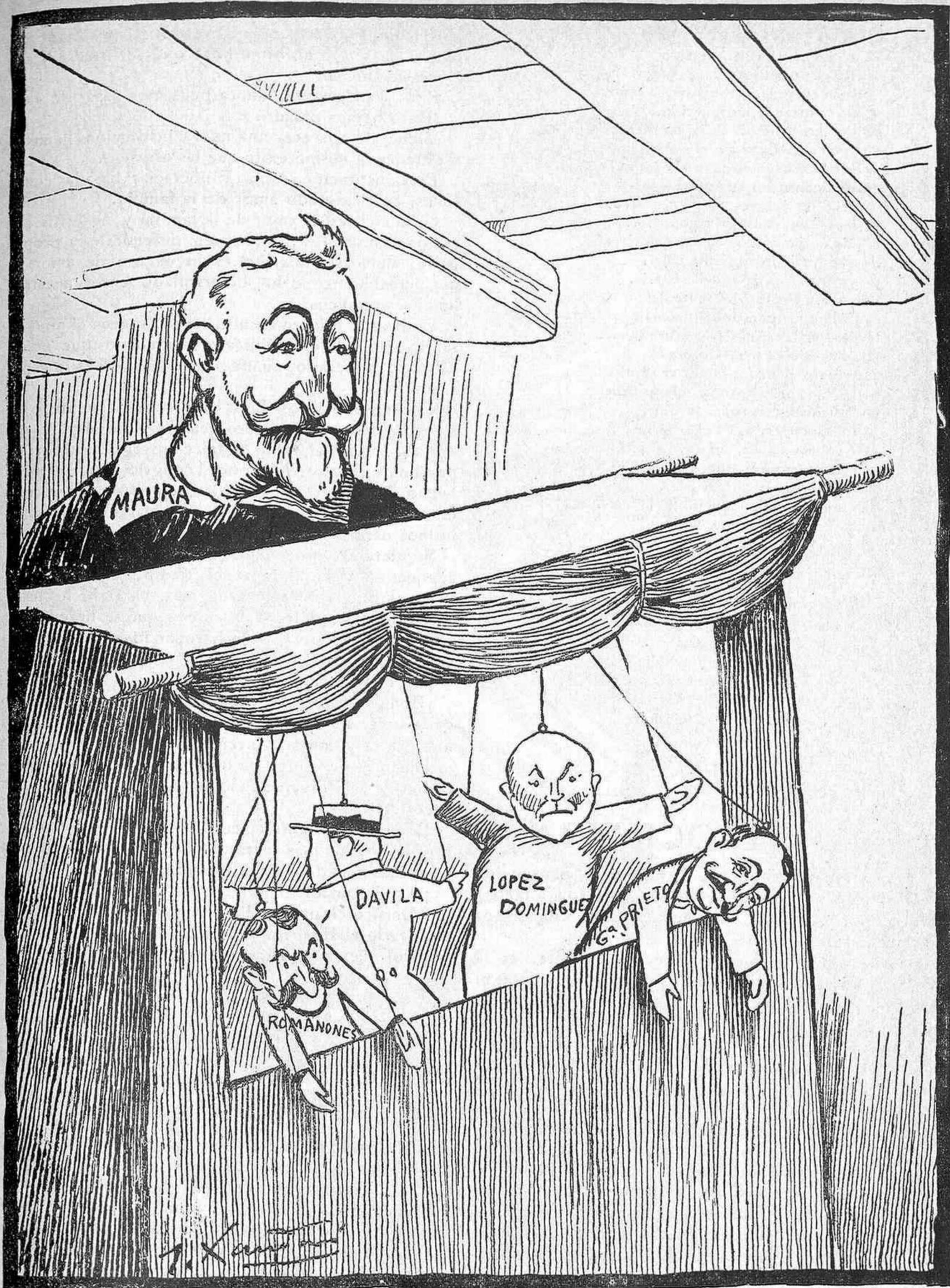
¡Démosle gracias á Dios que á esas gentes nos aleja y sólo en Madrid nos deja dos ministros; sólo dos!

Navarro... y demás, dispuesto para deshacer el lío fabricando en el estío su terrible presupuesto,

y Dávila, que trabaja, que se afana, que medita, sudando con su levita que parece una mortaja...

¿Y no habrá medio oportuno de que éstos también se alejen...? ¡Que se vayan y nos dejen! Se está mejor sin ninguno.





EL VERDADERO MAESE PEDRO
CON SU RETABLO CORRESPONDIENTE
EL MISMO TIRARÁ LAS FIGURILLAS CUANDO LE CONVenga

Siempre que paso por los solares del Buen Retiro (suple Jardín), siento un enojo retrospectivo contra el decreto del mayorquín.

Buen ciudadano, buen madrileño, se me renueva la indignación...

¿Quién no recuerda lo injustamente que nos quedamos sin el pulmón?

Por la soberbia cegado, Maura quiso mostrarnos su autoridad; tronchó los árboles, quitó el teatro, dejó esos «campos de soledad»...

¡Ya no podemos, en estas noches en que Favonio se siente infiel, gozar los aires de aquella banda, tomar los vientos del redondel!

Lo inoportuno de tal descuaje todos—¡EL mismo!—censuran ya...

¡La nueva casa para Correos fué sólo el gancho; nunca vendrá!

Ya van abriéndose las nuevas calles en los solares de aquel Jardín...

¡Ya estamos todos en el secreto...!

¡De aquellos fines, ya se ve el fin!

Fué, aunque lo duden ciertos incautos, bastante clara la operación...

¡De nuestra villa, con los pulmones, se hacen abrigos para el riñón!



Pío Gullón y Alvarado son, como es muy natural, los ministros predilectos del amigo general.

Predilectos, está dicho... Y ¿sabéis por qué lo son...? Por ser canario Alvarado; por decir ¡Pío! Gullón.



LA FILIOCRACIA

Hemos entrado de lleno, ó de relleno, para mejor decir, en una nueva era, muy parecida á la del Mico, porque nos le llevamos todos los ciudadanos de buena fe.

Esta era feliz, próspera y reconstituyente, es la de la Filiocracia no adivinada por ningún profeta ni siquiera por ningún tratadista más ó menos jurídico. El Sr. Santamaría de Paredes la pasa en silencio al ocuparse de las distintas *cracias*, en su tratado de *Derecho político* que casi todos los españoles menores de cuarenta años hemos estudiado. Con bien poco provecho, dicho sea en honor de la verdad.

Después del advenimiento de la Yernocracia, creíamos que ya no podía advenir nada, como no fuera el diluvio. Vino, efectivamente, el diluvio de yernos á inundar todos los distritos y todos los puestos disponibles, inundación que continúa y que continuará, Dios mediante, pues tan sagrada institución ha tomado carta y cartera de naturaleza entre nosotros... Y vino después la Suegrocracia, para que disfrutáramos también de los pocos suegros que quedaban fuera de plantilla.

Apencamos con los yernos, convencidos de que, al fin y al cabo, en ninguna parte mejor que en la política podían estar los hijos políticos. Y teniendo,

además, en cuenta que este era un nuevo horizonte abierto á los jóvenes poco aprensivos, muy digno de figurar en cierto utilísimo libro que se titula *Las carreras de España*.

Pero francamente; nunca pensamos pasar de eso. ¡Pues hemos pasado!

Viene de aparecer una nueva institución, llamada á obtener el mismo éxito que las otras.

Esta institución es la Filiocracia, basada como todas, en el sagrado amor de la familia.

Gran cosa es el amor de la familia y nosotros seremos siempre los primeros en defenderle y propagarle. Pero creemos que es un exceso de amor el que actualmente se ha desarrollado entre nuestros hombres públicos.

Colocar al hijo en un alto cargo, apenas el niño ha salido solo á la vía pública, es un colmo que nunca habíamos esperado, aunque de estas gentes lo esperamos todo.

Cierto que si los hijos hubieran despuntado en algo, si fuesen unos genios ocultos y en espera del destape, sería tolerable la dulce entrega de su correspondiente bicoca. Pero por el congrio, ó por el mero hecho de ser hijo de su padre, colocarse de momio en las altas esferas oficiales, es demasiado fuerte. Y no nos parece natural, aunque el hijo sea legítimo.

Siquiera el yerno tiene que hacer algunos méritos, aunque sólo sea durante el tiempo del noviazgo; pero el hijo, con serlo nada más, ya tiene hecha su suerte por completo. Y bueno es que se hereden las fincas y los honores; pero heredar los puestos, ya es una herencia considerable.

¡La Filiocracia!

¡Bonito título para escribir un folleto del mismo corte que *La Filocalia*, aunque, naturalmente, con más gracia y con más intención!

Después de todo, ¿á qué protestar? La implantación de la Filiocracia se dejaba sentir como una necesidad.

Los amos del cotarro consideran al país como cosa propia, y nada más justo que extender el usufructo á los más inmediatos de la familia.

¡Así da gusto!

Ministro el padre, director general el hijo y subsecretario el Espíritu Santo...

¡Y el que venga atrás que arree!



Desde San Sebastián

¡Ah, noble Calínez! ¡Qué razón tenías cuando me aconsejabas que desistiese de mi viaje! ¡Tú eres un hombre de superior instinto, de talento, Calínez; casi un Martín Rosales, el hombre más prodigioso del siglo á que tenemos la honra de pertenecer!

Y digo casi, porque sólo te falta para igualarte á ese elegido de Minerva y de Vega Armijo—así, á la limón,—esa estupenda y varia facultad que el hoy director de Comunicaciones, antes director de Agricultura y anteriormente subsecretario de Instrucción pública, tiene para todo; esa múltiple inteligencia que le ha hecho colocarse en el catastro político por en-



UNA DECLARACION

GEDEÓN, *reporter.*—Y USTED, MI GENERAL, ¿CAERÁ TAMBIÉN DEL LADO DE LA LIBERTAD?
EL GENERAL.—MIRE USTED, EN CONFIANZA... ¡YO CAERÉ DEL LADO QUE ME DEJEN!

cima del conde de Esteban Collantes, el que era dueño de dos naturalezas. Rosales tiene más; hoy está en posesión del *record* del destino.

Yo he pasado, te lo digo aquí en el seno confidencial, tres días mortales, porque por un momento creí que á Martín Rosales le mandarían á otra parte; pero ya estoy tranquilo; la *Gaceta*, ese pregón gubernamental, nos ha hecho saber á todos los españoles que Rosales ya estaba franqueado y con sellos de alcance para la dirección de Correos y Telégrafos.

Es su puesto, no cabe duda.

Un hombre tan inquieto está indicado para los timbres móviles.

Pero, en fin, dejemos á Rosales en Correos, aunque supongo que será por muy poco tiempo, pues aún ha de recorrer toda la lira de la nómina, y vamos á la razón del por qué admiraba tu superior instinto.

Tú te alarmabas, querido Calínez, de lo inoportuno de mi viaje á San Sebastián en plenas fiestas de lo que ha dado en llamarse *solidaridad* regionalista.

Efectivamente, desde que llegué, no he oído más que el *Guernicako* por todas partes; lo tocan en el Bulevar, lo cantan los orfeones, lo silban los limpia-botas, lo tararean los camareros mientras te sirven, te lo empaquetan en los comercios, lo berrean los serenos, lo mugen los boyeros; no hay más que *Guernicako* en la atmósfera.

¡Ah! y una refundición de aquel famoso himno de Garibaldi, que tú te acordarás.

Cuando Garibaldi
toca la corneta, etc.

Bien, pues entre los dos cantos se ha establecido tal comunicación que ya es mucha corriente.

Yo no me atrevo á dormir con los balcones abiertos porque les temo mucho á los aires colados.

En el Bulevar nos sirven el *Guernicako* por las mañanas en combinación con los *vermouths* de Novelty. La gente lo escucha en silencio, sorbiendo por la paja el aperitivo, y al final, un aplauso entusiasta premia la ejecución del himno. La gente se va luego á comer ya satisfecha, y hasta la noche, que piden café con sus correspondientes gotas de *Guernicako*.

En el Concurso que se celebró el otro día en la plaza de toros tomaron parte 22 bandas de la provincia.

Los periódicos calificaron la fiesta de alarde musical.

Y con razón.

¡22 bandas tocando el mismo himno, y á un tiempo!
¿Comprendes el alarde?

¡Un himno á carambolas y corrido por todas las bandas!

Eso no se ve todos los días.

El espectáculo, eso sí, era imponente, mucho más que la entrada de nuestro buen D. Pío, de la que nadie se ha enterado, á pesar de que le vinieron á corresponder media docena de chupinazos.

Sí, querido Calínez, D. Pío está aquí de ministro de jornada ó de ministro institutriz, que es como debieran llamarse, dada su misión veraniega.

Por la mañana le vi en el Bulevar, tomó asiento y no sé si tomó otra cosa. D. Pío, desdoblado un periódico, se puso á leer con atención. ¿Qué leerá, me dije, al observar el interés con que seguía la lectura?

Seguramente declaraciones políticas importantes, algún telegrama que le ponga sobre la pista de nuevas orientaciones diplomáticas, un Tratado de comercio, sí, es lo más lógico.

Pero ¡ah, querido Calínez!, nuestro D. Pío, y le llamo nuestro por considerarle como uno de los más indiscutibles miembros de la familia gedeónica, no estaba en ese mundo, no; D. Pío leía con emoción burguesa el folletín *El suplicio de la viuda ó el hijo de guarda-bosque*.

Eso es lo que hacía ese nuestro dulce, afable, querido amigo nuestro—que diría Azorín—Pío Gullón.

Mucho tiene que hacer el ilustre astorgano para borrar el recuerdo del ministro de jornada, de mucha más jornada que éste que tuvimos aquí en la última temporada veraniega, el seráfico é inmutable D. Andrés Mellado, con su *apendicitis* de Pepe Luis.

¡Ah! ¡Si en la organización de nuestros Gabinetes se pudiese crear un ministerio de jornada, D. Andrés sería insustituible é inamovible!

¿Te acuerdas con qué encantadora gracia fumaba en la terraza del Continental, pitillo tras pitillo?

Y el inenarrable Pepe Luis, ¿crees tú que puede tener sustituto de tanto juego?

Por eso San Sebastián está triste, está pálido como la princesa de Rubén, y es que la Concha sin Mellado, no tiene atractivos.

San Sebastián suspira por Mellado y por Pepe Luis.

Con los dos y el *Guernicako* á todo juego, el verano es cosa resuelta.

Pero este D. Pío, este D. Pío, mucho me temo que nos corrompa las oraciones.

Avísame cuándo sale de Madrid la marquesa de la tertulia—otro elemento—para que le toquen el *Guernicako*.

Te abraza,

PIAVE



¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Hemos recibido un librito titulado *Solaces* y firmado entre dos hojas de lechuga—portada modernista—por el Sr. Alvarez Rodríguez Villamil, nuevo en esta plaza.

Dudamos mucho que *Solaces* proporcione al lector tanto solaz como la *Lógica forma social*, del Sr. Triviño, de que nos ocupamos en el número pasado.

Dice el autor:

«¿Qué son éstas mis páginas? Nadie mejor que yo lo sabe.»—¡Quién puede llevarle en esto la contraria á Alvarez Rodríguez Villamil!—«Cultivo la introspección»—¡esto sí que lo hubiera puesto Triviño con bastardilla!—«y en ocasiones soy mi juez severamente, cáusticamente; gusto de la voluptuosidad de flagelarme, voluptuosidad que recomiendo á tanto fatuo que se cree óptimo.»

El Sr. Villamil—nos ahorraremos el encuarte de los otros dos apellidos—declara que gusta de flagelarse, sin duda anticipándose á los acontecimientos.

No, ya lo dice bien claro y sin bastardilla:

«No puedo creer que surjan por ahí bombos hi-



A QUIEN DIOS NO LE DA HIJOS...

GEDEÓN.—MI GENERAL... ¡TAN CHIQUITITOS Y YA FUMAN!
 EL GENERAL.—¡ANDA... ANDA...! ¡Y TAMBIÉN ..!

perbólicos; ni he prestado dinero á ningún bohemio, ni voy por las tertulias de café, ni velo por las redacciones, ni siquiera soy ateneísta.»

De manera que, según el Sr. Villamil, ya sabemos dónde y cómo se incubaba el bombo.

Pues se ha fastidiado el noble amigo, porque ahora ¿cómo se lo vamos á dar en GEDEÓN?

¡Podrían suponer!...

Por eso no decimos que el libro del Sr. Villamil tiene narraciones bien escritas, elegantes, al parecer vividas en el ambiente libre... ¡Pero, por Dios, flagéles lo menos posible!



Y ahora vamos á dar un bombo hiperbólico á *Un reporter*, ó sea al excelente amigo Carlos Miranda, redactor de *El Liberal*, por su libro *Cosas de la calle*

No crea el Sr. Villamil, ni quien se atenga á la letra hiperbólica del autor de *Solaces*, que Miranda nos ha prestado dinero, ó viene á nuestra tertulia de café, ó ha velado por nuestra redacción, ó es ateneísta como nosotros... No; Carlos Miranda no ha hecho más que mandarnos su libro *Cosas de la calle*; nosotros lo hemos releído—porque ya leímos todas sus composiciones cuando se publicaron en nuestro estimado colega—y como somos amigos de la justicia, mucho más que de su autor, le atizamos un bombo que no es hiperbólico aunque lo parezca.

Hele aquí (¡jele!): Carlos Miranda es un poeta humorístico de primera fuerza, un versificador de rara y sorprendente habilidad, un comentarista del «suceso del día», que puede codearse con los maestros del género.

Las composiciones poéticas que ha reunido en este tomo, aparecieron en *El Liberal*, con el mismo título colectivo de «Cosas de la calle», impresas como si fueran prosa. Al leerlas, Gedeón exclamó, recordando al personaje clásico—su pariente espiritual:— «¡Caramba...! ¡Este señor habla en verso, sin saberlo...!»

Lo contrario sucede precisamente con muchos poetas afamados: publican sus cosas impresas como si fueran verso, y todos exclamamos: «¡Caramba! ¡Este señor habla en prosa, sin notarlo!»

¡Y pensar que Carlos Miranda no será nunca director general, como el niño de Navarro Reverter ó el niño de Montero, ó cualquiera de esos niños de la credencial lisa! Bien que al amigo poeta todos le apreciamos, mientras que á los otros... ¡puff...!



También daríamos un bombo, más ó menos hiperbólico, á *La corte de los poetas*—libro de 344 páginas en verso... casi todas—si no hubiera en él algunas cosas que están pidiendo un palo.

Excelente nos parece la idea, casi realizada en *La corte de los poetas*, de reunir en un libro los mejores versos de los vates nuevos, muchos de ellos superiores de toda superioridad, los vates y sus versos. Y así lo declaramos, sin miedo á que intenten gedeonizarnos algunos ocultos censores gedeónicos. Porque hay muchas personas insaciables, amigas de Gedeón, que suelen quejarse de nosotros porque nos *metemos* pocas veces con los jóvenes escritores, ya en camino de la popularidad.

Y no ha faltado quien dijera: «¡En GEDEÓN debe de haber un modernista...!» No, noble amigo, no. En GEDEÓN se procura conservar cierta ecuanimidad, que suele ser el mejor fundamento de la justicia, para poder distinguir entre lo bueno y lo malo, sea de quien sea: de los viejos ó de los jóvenes. Por eso no hemos caído nunca en la tentación de llamar *modernistas* á los que escriben sinceramente y con perfecta conciencia de lo que hacen, precisamente porque sabemos lo que es modernismo y lo que tiene de admirable. Para nosotros no hay más que bueno y malo—según nuestro entender leal—y así estimamos lo estimable de la nueva labor, y hacemos como que no nos enteramos de las tonterías que escriben algunos chicos que á sí mismos se creen innovadores, modernistas, novísimos, etcétera, etc... bien seguros de que el tiempo les hará entrar en razón, convenciéndoles de su propia tontería.

Viene todo este serio y fatigoso paréntesis, á justificar nuestra declaración respecto á la idea de hacer una Antología de poetas jóvenes. Por eso damos un bombo á *La corte de los poetas*, donde hay muchas poesías dignas de su nombre. Y éste será siempre el mayor elogio.

Pero por lo mismo que nos parece excelente la publicación de ese libro, tenemos que protestar airados de que en él se hayan colado de momio unos cuantos señores que no son poetas ni lo serán nunca. ¿Cómo se ha tolerado esa intrusión? ¿Cómo se ha descuidado el coleccionista para que pasara el contrabando?... Con decirles á ustedes que en *La corte de los poetas* figura hasta el mismísimo Cuquerella, con su famosa composición-telegrama

«Suspiros,
imprecaciones,
esperanzas risueñas,
fútiles goces
y lágrimas,
y placenteros sonos
y vivires honrados...»

está dicho todo.

Hay una poesía (!) premiada con accésit en unos Juegos florales; hay una elegía á un alelí, que con gran prisa languidece; hay, en fin, unos versos, «Tus postales»—entre otras muchas cosas que afean un libro que pudo ser impecable y que debió serlo,—versos que parten los corazones... ¿La prueba? ¡Allá va!

«El mar, ¡larga distancia!, á entrambos nos separa;
pero nos une á entrambos un pensamiento igual:
que venga, sin demora, que arribe pronto y clara,
con su elocuencia muda, la sávida postal.»

¡Voto al sávido...! El mismo poeta nos dice también en otra página inolvidable:

«Con el agrado que es en mí innato...»

Cierto que toda afectación es mala, pero ¡caramba! eso ya es demasiada llaneza...

«Con el agrado que es en mí innato...»

Francamente, ese verso no puede figurar en una Antología, como no sea en la Antología á la inversa, es decir, de atrocidades, que tiene en cartera nuestro querido amigo el poeta Icaza, á quien felicitamos cordialmente por su nuevo libro *La canción del camino*.

¡Y se acabaron los bombos!



... y armas al hombro

Ahora es cuando creemos de veras que el general López Domínguez es el presidente del Consejo de ministros!

¿Ha empezado á arreglarnos la legendaria cuestión del Concordato?

¿Ha «sentado las bases» de la reforma de la ley de Asociaciones?

¿Ha desarrollado su programa, democrático según se sabe?

No; no ha hecho nada de esto, ni de lo otro...

Pues entonces—preguntará algún curioso—¿por qué ahora hay que creer que el general está en la Presidencia del Consejo?

¡Porque ha ido á San Sebastián!

Esta es la verdadera fe de vida de todo jefe de Gobierno, durante el verano.



No cabe desconocer que D. Pepe López es más modesto que sus antecesores.

Ha ido á la bella Easo y no nos ha dicho que allí trabaja como una fiera, que es lo que pasaba el verano anterior con D. Eugenio.

¿Se acuerdan ustedes?

Todos los días declaraba en los periódicos que estaba laborando en una porción de cosas importantes para el país...

¡Hasta que nos enteramos que no hizo más que curarse el catarro!

¡Así durante el invierno él estuvo tan ricamente!

Nosotros fuimos los que estornudamos con demasiada frecuencia...



Imitando al presidente del Consejo y ministro de la Guerra, casi todos los consejeros responsables han *abuecado* de Madrid.

Esta es una sabia determinación descentralizadora, que deseáramos que fuera permanente.

¡A ver lo que decían luego del centro todas esas provincias que le abominan, en cuanto cada una de ellas disfrutara de por vida de su ministro correspondiente!

¿A que procuraban aliviarse en seguida de su peso?

¡Compadézcannos, pues, á nosotros, que soporamos nueve constantemente?



Uno de ellos se ha enfadado muchísimo porque dijeron los periódicos que se marchaba á veranear.

Este uno no es otro que el ministro de Marina, cuyo viaje á Cercedilla fué anunciado por la Prensa en la sección correspondiente.

El Sr. Alvarado rectificó en la misma Prensa, y declaró que se queda en Madrid trabajando en los asuntos de su departamento...

La rectificación es propia de Perogrullo, porque nadie supuso que el Sr. Alvarado iba á trabajar en los asuntos del departamento de Hacienda ó en los del de Fomento...

Pero, además, es un pequeño voto de censura inconsciente contra sus compañeros.

Sí; al declarar el Sr. Alvarado que se queda en

Madrid trabajando, pensará cualquiera que los ministros que salen de Madrid van á descansar aunque digan lo contrario.



Por cierto que, si el Sr. Alvarado no se enfada con nosotros, vamos á proponerle una pequeña reforma en su departamento.

Señor ministro... ¡Mande V. E. comprar vasos para el Ministerio!

Hace pocas tardes un jefe de Negociado pidió un vaso de agua al portero, y á los cinco minutos el portero entró á recoger el vaso servido, para llevar agua á otro jefe de Negociado... Preguntó aquél la causa de esta precipitación, y el portero tuvo que confesar... ¡que no hay más que un vaso en el Ministerio!

Esto, que sería siempre doloroso en cualquier oficina del Estado, resulta terrible en un Ministerio esencialmente acuático, como debe serlo el de Marina.

¡Sr. Alvarado...! ¡Arregle V. E. eso inmediatamente!

Triste es no tener escuadra; pero, hombre... ¡no tener ni siquiera vasos...!



El Sr. San Martín, dolido de que la opinión no supiera todo lo que él hubiera hecho en el Ministerio, ha reunido en un folletito el proyecto de Real orden y los dos proyectos de Reales decretos que tuvo que llevarse á casa, al morir como un filisteo de tantos en compañía de Sansón-Moret. El folleto se titula *Mi paso por el ministerio de Instrucción pública*.

No ha podido ser más breve.

Y al ver que todo se le quedó en proyecto, ocurre decir que no ha sido un paso, sino... una primera y sin tocar.

Todo es juego de chicos.



Por cierto que en el folleto hemos visto, por vez primera, el segundo apellido del eminente doctor.

Y, al recordar su gestión abortada, nos hemos sonreído ligeramente...

¿Sabes, querido Cavia, cómo se llama también el ilustre ex ministro de Instrucción pública, D. Alejandro San Martín?

¡Se llama Satrústegui!

Compre usted

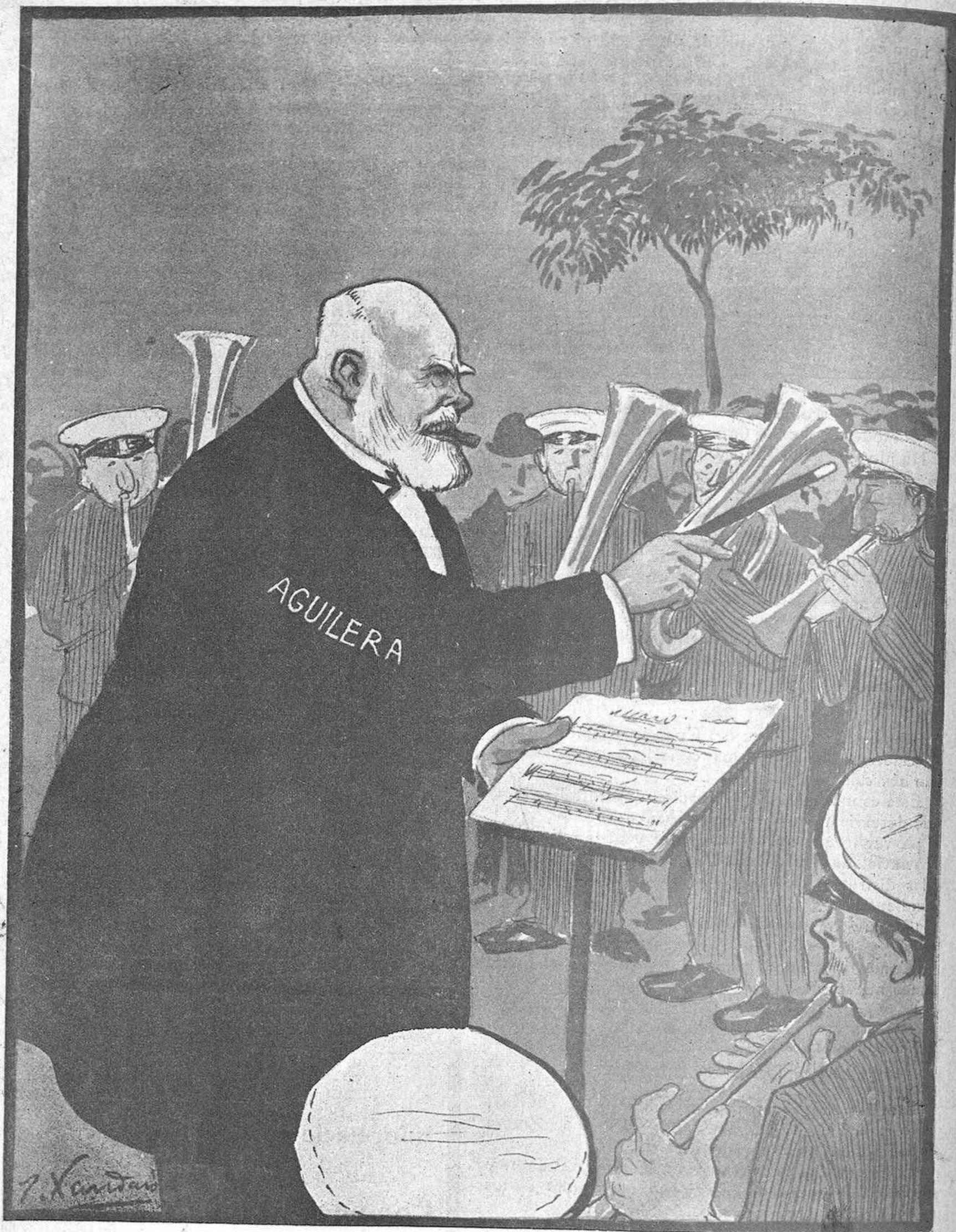
“Actualidades,”

Informaciones gráficas,
Curiosidades, Sports

Compre usted

“Actualidades,”

15 CENTIMOS EN TODA ESPAÑA



ALCALDE BENEFICO

COMPADECIDO DE LOS MADRILEÑOS, LES OFRECE TODAS LAS NOCHES AIRES POPULARES